



ARCHIVO FILOSÓFICO ARGENTINO

CENTRO DE ESTUDIOS FILOSÓFICOS EUGENIO PUCCIARELLI

ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS
DE BUENOS AIRES

LA PATRIA EN LA UNIVERSIDAD

Coriolano Alberini¹

La Universidad es la casa de la ciencia. Lógico, por tanto, que en ella se hable de la Patria, no ya en términos meramente emotivos, según corresponde cuando nos dirigimos a las masas o a los niños, sino en el severo lenguaje del pensamiento.

Época hubo, no lejana, en que la dialéctica de no pocos reformadores sociales, a veces eminentes, intentó destruir el concepto de Patria. Algún éxito momentáneo lograron, pues solían entreverar el problema de la Patria con otros de índole política. Conforme a su lógica limitada, por no decir ladina, resolvían los segundos a costa del primero. Pero, como la realidad suele ser más sensata que los hombres, ahora, ante peligros notorios, acaban de intuir que tienen hombres, ahora, ante peligros notorios, acaban de intuir que tienen Patria. Nunca es tarde cuando la conciencia, es buena, así provenga de la inquietud. No es grato creer en tan sincera contricción. ¡Lástima que para ver la Patria necesitaran la luz de los relámpagos!

¹ Discurso del doctor Coriolano Alberini pronunciado en la solemne ceremonia de reafirmación patriótica y entrega de premios universitarios, realizada el 3 de julio de 1941 en el salón de actos del Colegio Nacional de Buenos Aires.

La Nación es una realidad impersonal, de cierto género, que, si bien se mira, el individuo encuentra hecha en el fondo de su psiquis. Tiene algo de don espléndido de la fatalidad geográfica e histórica, capaz, sin duda, de coexistir con una libre y racional iniciativa humana.

Los roedores de la idea de Patria incurren en una suerte de petición de principio, pues niegan mediante recursos culturales implícitos en su propia actitud negativa. El que niega, ha nacido en cierta época y determinado lugar. Pertenece, por fuerza, a un grupo social formador de su espíritu, merced a una cultura que no puede surgir sino en un cierto suelo vernáculo impregnado de historia. La humanidad no existe en abstracto, sino concretamente, y se manifiesta hoy en forma de naciones de mayor o menor vocación civil. Movidos por un legítimo y efectivo idealismo ético, alguna vez, se llegará a la armonía de las naciones, mas nunca con la negación de éstas, sino gracias a un entendimiento universal, inspirado en un sincero y activo culto a los valores fundamentales del espíritu humano, siempre uno, en esencia, aunque múltiple en sus inagotables encarnaciones individuales y colectivas.

Toda persona es, en cuerpo y alma, y sobre todo en alma, según le ha permitido serlo el ambiente histórico donde ha vivido. Su prístina forma anímica depende, en substancia, del paisaje y de la tradición. Sólo así el individuo puede actualizar sus virtualidades fecundas para el legítimo porvenir espiritual de sí mismo y de la sociedad, progenitura, a su vez, de la cultura de sus componentes. En el hombre alientan valores que la tradición elabora al margen de la conciencia individual, y se revelan en la obra de los próceres, junto a cuyo espíritu convivimos libremente para vivir con dignidad.

El sentimiento de nación sabe, en definitiva, a honda y noble fuerza instintiva, que, luego, una luminosa autoconciencia histórica trueca en meditado imperativo ideal de Patria. La persona transfigura, así, en libre progreso lo que ha recibido en forma de ineluctable tradición.

Esta filosofía de la idea de Patria es, también, en buena parte, cosa argentina. Aunque sin lujo de análisis filosófico, la profesaron Echeverría y su escuela, quienes tuvieran como mentor, directo o indirecto, a Herder, argentinamente interpretado, y ya se sabe que este filósofo prerromántico declaró que la Nación es "realidad sagrada". Tan significativo pensamiento fue recordado por Alberdi, autor a quien distraídos aficionados a la historia de las ideas argentinas califican de positivista, confundiendo las doctrinas alberdianas con la degeneración materialista de las mismas por obra de los tardíos epígonos prácticos del alberdismo.

No se tome lo de "sagrada" como una mera hipérbole oratoria. Se ha querido significar con ello que la fuerza absoluta e invisible, revelada en las creaciones de la naturaleza y la Historia, dentro de su unidad proteica y elación divina, se cumple de distinta manera según el momento y lugar. Tal concepto de nacionalidad descansa, en última instancia, sobre una implícita metafísica espiritualista, no siempre exenta de tal o

cual leve escape pseudopanteístico, aunque, en verdad, sin menoscabo de una clara trascendencia cristiana. Tan elevado espíritu filosófico es el íntimo resorte de todas las creencias pragmáticas que nuestros grandes hombres del período romántico vivieron como norma para instaurar la libertad y el progreso de la Argentina. Creían que existe una "inmanente ley de progreso universal", pero, como no eran simples cultores de bellas y necesarias quintaesencias, renegaron de algunos de los fantasmas de la "filosofía iluminista", tan grata a la mentalidad unitaria, por hallarla abstracta en demasía y pobre de sentido histórico. Por eso, suelen recalcar, con inflexible tesón, que debe existir *una forma argentina* del progreso universal. ¿Cómo, pues, podríamos ser progresistas en esta nueva tierra, si no cultiváramos una fuerte y perspicua conciencia histórica nacional? A fuer de discretos tributarios de la filosofía del romántico "historicismo", bien sabían aquéllos próceres que no cabe forjar historia fuera de la historia, máxime cuando se trata de historia nacional. Quien no se percate de este principio, dará muestra categórica de su escaso poder de introspección, probando así que no cabe excogitar la misteriosa genealogía de lo mejor del propio espíritu. Todo argentino culto debe aceptar esa verdad, incluso el que si, por un capricho del acaso, no ha tenido la dicha de nacer en esta próbida tierra, tocole, al menos, la de sentir, con jubilosa gratitud y definitiva voluntad de arraigo, cómo se abría su alma bajo el sol argentino.

Así como el espíritu humano se despliega en inagotables formas, no obstante su unidad esencial, del mismo modo cada institución del Estado tiene, o debe tener, sin mengua de la común, su manera específica de patriotismo.

La Universidad realiza su obra en beneficio de la Nación, dentro de las leyes y en armonía con su esencia, que es ser el hogar de la cultura especulativa y técnica. Nuestra Constitución exige el principio de "idoneidad", valioso para todos, máxime en la cátedra.

Harto se ha discutido sobre los defectos de nuestra Universidad. Los críticos siempre tienen razón...si bien por razones que su razón a menudo no comprende. Merecen, con todo, nuestro agradecimiento. Antes que la indiferencia, preferimos una discreta incompreensión sincera.

No es esta coyuntura adecuada para recordar documentadamente los grandes progresos, siquiera esporádicos, que en los últimos años ha realizado la Universidad de Buenos Aires, no obstante las pintorescas algaradas estudiantiles, las hazañas del profesionalismo inhumano y la política extrauniversitaria. El discreto mejoramiento material y espiritual de la Universidad, tan patente para quien la conoce de veras, se debe, en primer término, a los pocos profesores que han hecho de la ciencia y la enseñanza la misión cardinal de su vida. Urge, entonces, que el cuerpo docente, en su mayor parte, esté constituido por personas dedicadas en absoluto al saber especial, puro o práctico, sin perjuicio, claro está, del sentido de la unidad orgánica de la cultura.

Resulta ingenuo, por no decir divertido, el repudio que ahora tanto cunde contra el especialismo. El que sabe seriamente algo no sabe bien, en definitiva, sino una sola cosa. Y

al que preconiza, sin espíritu crítico, las maravillas de una periférica "cultura general", le recordaremos esta reflexión ingeniosa: "la cultura general suele estar fundada en ignorancias particulares..." Lo malo radica en ignorar que profundizando una disciplina especial se encuentran otras, y, si más hondo cala, el sabio dará con los problemas capitales de la filosofía. Nada más legítimo, por ende, que repudiar el especialismo angosto y maniático; pero, no es menos cierto que tamaño defecto suele ser propio de algunas universidades europeas, las cuales, como es lógico, tienen los vicios de sus virtudes. Tildar de lo mismo a las nuestras implica un remedo por demás candoroso, pues es absurdo creer que podemos ahora sufrir semejantes vicios careciendo de tales virtudes. La endémica cruzada verbal contra el especialismos no servirá sino para turbar la lenta y trabajosa gestación de nuestro novel y exiguo espíritu científico. Nada más respetable que una relativa "cultura integral", sobre todo, si está penetrada de incitante levadura filosófica. Ya lo dijo Sócrates: la filosofía es la espuela en el ijar del noble bruto... Nos cuidaremos bien, empero, de presumir que no se tiene filosofía simplemente porque sobra tosco y gárrulo afán político, aun cuando se procure cubrir el vacío merced a un copioso empleo de la palabra "humanismo", tal como lo entienden estos sonoros y elementales especialistas en prestigiosas vaguedades más o menos contemporáneas.

Cierto que los grandes adalides y organizadores de la libertad del país, a menudo fueron, simultánea y espléndidamente, estadistas, soldados y escritores. Había entonces deberes perentorios que cumplir, pero las circunstancias eran excepcionales, tanto como la magnífica varonía espiritual de aquellos próceres. Sorprende que esos hombres, en medio de tan dura y trágica brega, hallaran tiempo para organizar el país y poner los cimientos de la cultura superior de la Nación. Muy otras son las exigencias del momento actual. Corresponde ahora la división del trabajo, sin desconocer que aún pueden existir, por caso singular, hombres capaces de entregarse, con provecho social, a múltiples funciones heterogéneas. Excepciones aparte, ya que para ellas no se legisla, conviene que la vida cultural del país se vaya librando de tan estériles mormones de la vocación imprecisa.

Cuando la Universidad sea exclusivamente la serena casa de la ciencia, sólo habitada por profesores y alumnos dignos de serlo, y viva en una atmósfera de disciplina cordial, ajena, en consecuencia, a toda dogmática bravía o vacuo diletantismo, surgirá, por fin, la auténtica Reforma universitaria. La forma del progreso de la Universidad de Buenos Aires, y de las otras, está exactamente determinada en las "Bases", que figuran al frente del actual Estatuto. Hemos tenido el honor de proponerlas y lograr su aceptación, siquiera platónica. No ignoramos que, por ahora, saben a utopía. Dejarán de serlo cuando en la Universidad no haya sino universitarios. La Universidad, instituto superior del saber, merecerá entonces, este pensamiento de un gran poeta argentino, Leopoldo Lugones: "La escuela, como que es terreno de labranza, no retumba y la evidencia de su beneficio tiene el propio silencio de la luz".

Vosotros, graduados egregios, sois una brillante promesa para la Universidad, dado que, cabe esperarlo, no pocos os dedicaréis a la ciencia y a la enseñanza.

Supisteis cultivar a fondo vuestras aptitudes innatas, cumpliendo así un deber para con vosotros mismos y la Universidad, que ahora, solemnemente, os premia en nombre del Estado. Bueno es advertir, sin embargo, que la Universidad no lo da todo. La vida del aula solo suscita, de modo primario e indicativo, el personal impulso autodidáctico.

Los pedagogos de la igualdad abstracta han negado importancia a los premios. Sin discutir el tema, pues no estamos en una clase de ciencia de la educación, cabría aplicar a los premios lo dicho alguna vez acerca de las academias: sólo los académicos tienen derecho a burlarse de las academias... Por eso celebramos al académico Anatole France, cuando, con su habitual fina juglería pirrónica, evocó, en cierta ocasión, las liviandades de la hija de Richelieu...

Los pedagogos de la igualdad injusta acaban, sin proponérselo, por halagar al que no ha obtenido premio alguno. Nivelan, sí, pero truncando excelencias, y todo ello para mayor gloria de quienes no las tienen.

Conviene no olvidar, por cierto, que un premio universitario, así sea el más alto, sólo representa el desarrollo triunfante de una aptitud ingénita cultivada en el período escolar de la vida. Mas lo que cuenta no es el símbolo oficial del mérito, sino la persistencia de la vocación y el trabajo inteligente. Si valen paradojas, diríamos que la Universidad debiera reservarse el derecho de retirar un premio, cuando el favorecido, a lo largo de los años, demostrara que-ya no lo merece. Invocar un premio, desvanecida la virtud, equivale a un giro sin fondos contra el banco del prestigio.

Nos alienta la justa esperanza de que vuestro bien probado amor al estudio ha de ser fértil para el porvenir de la Universidad y de la ciencia argentina. Dedicar la vida al progreso y enseñanza de la verdad es también, máxime en comarcas indoamericanas, una callada y heroica manifestación de la virtud civil y política.

El éxito de nuestro reciente empeño tiene un significado que sobrepuja todo legítimo interés personal, pues -la perfección de la Patria depende de la de sus hijos. La Nación, existencia histórica transindividual, se impone a la persona, pero tiene su raíz nutricia en lo más puro de la subjetividad moral de cada uno de nosotros. La Patria sólo se conserva por acto de creación continua. Entendida así, la tradición, al hacerse creadora de nuevos valores nacionales, dignos de universalidad, nos confiere, ante el mundo de los doctos, un certificado de raza idónea en las proezas del espíritu.

Toda persona perteneciente a un país de cultura milenaria tiene su manera de orgullo patriótico, pero la densidad de la tradición suele esfumar la clara conciencia de la medida del propio esfuerzo. No acaece lo mismo cuando se trata de una tierra nueva, de breve aunque brillante historia, como la nuestra, donde, si mucho se ha hecho, más queda por hacer. Por ello, el legítimo orgullo patriótico del individuo puede revelarse aquí con

sesgo inconfundible, cual es el de percibir, inmediata y lúcidamente, la humilde gloria de nuestra eficiencia personal en la prosperidad económica y ética de la Nación.

La Universalidad espera que vosotros, graduados selectos, fieles al espíritu de la obra cumplida, os dediquéis, exclusivamente, con el noble afán de los años juveniles, a la ciencia y la enseñanza, para contribuir así, cada uno con estilo propio, a la creación de una nueva y ejemplar cultura, que será universal a fuerza de ser argentina.